

## GEOMETRÍA DE LA CONFRONTACIÓN UNIVERSITARIA

---

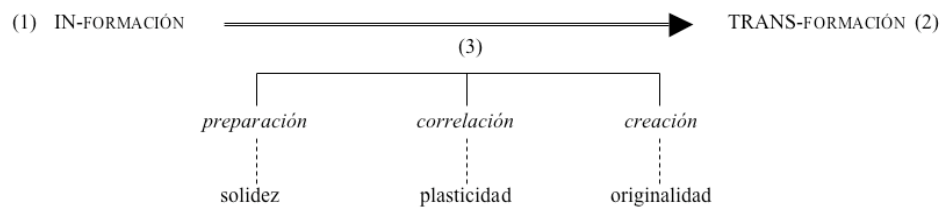
*Abril 2008*

Fernando Zalamea  
Departamento de Matemáticas  
Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá

Proponemos en este texto una reflexión sobre la estructura de la deliberación académica, en ejercicio en la Universidad Nacional de Colombia. Aprovechamos ciertas *imágenes geométricas* para esa reflexión, enfatizando más su plasticidad metafórica que un uso técnico acotado, y observamos cómo los espacios de la discusión universitaria se encuentran actualmente gobernados por una dinámica *volátil*, atravesada por *singularidades*, *manantiales*, *sumideros*, *discontinuidades* e *incoherencias locales*, que llevan todo intento de “discusión” a una inmediata **confrontación**. La primera parte del texto presentará –desde la imaginación y la visión que proporciona la geometría– un diagnóstico de la estructura “deliberativa” de la Universidad, actualmente en pleno proceso de descomposición. La segunda parte propondrá posibles vías de mejoramiento para una tal situación, aprovechando ciertas consideraciones geométricas que se aplican a toda superficie lisa con singularidades, como la que conforma la Universidad en estos días (abril 2008), y que pueden ayudar a “reglar” y estabilizar la superficie.

### 1. Superficie de confrontación.

Asumamos por un momento que una de las labores centrales de la Universidad debería ser el crecimiento sostenido de la “inteligencia”. Ésta se puede definir como la capacidad de *trans/formar* una colección de información dada y *producir* nueva información relevante: en el diagrama siguiente, es el paso de (1) a (2) mediante técnicas apropiadas (3).



En esa fluctuación, la inteligencia requiere entonces una adecuada solidez disciplinar, una buena preparación, un amplio conocimiento, pero no se reduce a ello. La inteligencia requiere también, por un lado, chispa, capacidad plástica, capacidad de correlacionar en modos nuevos la información, pero también, y sobre todo, capacidad creativa, altura original, para construir nuevas formas (usualmente complejas) del saber. Ante estas incesantes formas de *movilidad, amplitud, flexibilidad, imaginatividad, razonabilidad*, requeridas por la inteligencia, se sitúan algunos de nuestros peores fantasmas dentro de las supuestas “deliberaciones” en la Universidad Nacional: conservadurismo, acotación de miras, rigidez, normatividad, irracionalismo.

Los tránsitos de la información en la Universidad conforman una superficie compleja con tres tipos de componentes: (i) administración académica, (ii) profesorado y estudiantado general, (iii) guardianes de la revolución. Desde un punto de vista geométrico, contamos entonces con tres tipos de figuras que

determinan el comportamiento de la deliberación universitaria: (i) “manantiales”, (ii) “fragmentos lisos” y (iii) “sumideros”. Un *manantial* consiste en un lugar bien determinado desde donde se generan flujos que van moldeando la superficie: se trata por tanto, y será siempre el caso, de la administración académica (Rectoría, Consejos, Decanos: para eso los elegimos), cuya labor consiste precisamente en generar *vectores y torsores que tensen* la superficie; en efecto, independientemente de la corrección o incorrección de esa labor, la administración debe apuntar a cambios y nuevas orientaciones en el cuerpo sometido a su arbitrio. Los *fragmentos lisos* corresponden en cambio a grupos locales conformados por la mayoría de nosotros: profesores y estudiantes que deseamos progresar levemente en el tránsito de la inteligencia, sin violencias, sin brusquedades, gracias al duro esfuerzo cotidiano que requiere la academia; no generamos torsiones u oscilaciones a nivel global, y nos contentamos (pues ya es bastante) con la posibilidad de realizar modestos avances en nuestros campos acotados de estudio. Se trata de la inmensa mayoría “silenciosa” de la Universidad, que queda vapuleada en los tiras y aflojes entre *manantiales* y *sumideros*. Finalmente, se encuentran los grupos fuertemente reactivos –que podríamos llamar “*guardianes de la revolución*”– integrados por minorías de estudiantes y profesores, aparentemente iluminados, detentores de una suerte de “verdad” social y política, quienes, gracias a acciones de “justificada” violencia, nos detienen de caer en supuestos errores de la vida universitaria; independientemente de nuevo de su eventual corrección, el claro resultado geométrico de su acción consiste en lanzar a la Universidad al *sumidero*, puesto que allí todo se torna en rechazo, en anulación de las mediaciones, en bloqueo –en suma, en confrontación. La trans/formación de la inteligencia resulta imposible ya que la in/formación misma es engullida por el *maelstrom*. En lo que sigue, miraremos más de cerca la dialéctica de lo *singular* (*manantial, sumidero*) y lo *liso* en nuestra peculiar geometría.

Toda administración académica de la Universidad ha sido, y será siempre, criticada por sus repetidas equivocaciones en hacer transitar fielmente la información

y en someter a adecuada deliberación cada una de sus acciones. El caso actual del Estatuto Estudiantil en su componente académica es un magnífico ejemplo; a pesar de haber sido ampliamente divulgado (meses en la página de la Universidad, un centenar (!) de presentaciones por parte del Decano de Ciencias, numerosas correcciones realizadas), los grupos reactivos protestan por su falta de “socialización”. Independientemente de que tal aseveración es una manipulación burda (realmente una burla) de los hechos, habría que decir aquí *claramente* que la Universidad no tiene por qué someter su acción al escrutinio de *toda* la comunidad. La Universidad es esencialmente, y afortunadamente, *jerárquica*, con estamentos muy bien definidos en todos sus niveles, con consejos deliberativos de larga data y tradición, que (por suerte) toman decisiones por el grueso de los estamentos académicos. La Universidad apunta a la excelencia, al crecimiento sostenido de la inteligencia, y no todos (de nuevo por suerte) nos encontramos en los mismos peldaños dentro de las escalas lulianas del ascenso y el descenso del entendimiento: ¡qué lamentable sería no poder apuntar e intentar elevarnos hacia figuras y colegas que claramente nos superan! Las *jerarquías de la inteligencia y de la acción* nos subsumen por doquier en la vida universitaria, jerarquías que nada tienen que ver con compartimentaciones sociales, y donde nos codeamos, en estratos similares del saber, los más diversos estudiantes y profesores, provenientes de los más disímiles entornos sociales y culturales. Pues bien, una de esas *sanas* jerarquías está conformada por una muy bien estructurada administración académica (Rectoría, Vicerrectorías, Decanos, Consejos –Superior, Académico, Sedes, Facultades–, Directores de Unidades, Consejos Asesores, etc.), que realmente debe considerarse como un modelo de gobierno a nivel de las Universidades colombianas.

El hecho de que, para los grupos reactivos –orgullosamente “alérgicos” a la administración– esto no sea suficiente (deseando un co-gobierno con “todos”), consiste en una clara imposibilidad de aceptar la *esencia jerárquica* del saber. Los guardianes de la revolución, consistentemente con su ideología, difícilmente podrían

aceptar ese crecimiento diferente de cada uno de nosotros y esas capacidades diferenciales en la acción académica. Se trata, por supuesto, de un rechazo extraordinariamente conservador, que impide la superación personal, y, en particular, que descarta las grandes conquistas de los menos privilegiados, quienes, con su sola capacidad intelectual, desean y pueden emerger más allá de sus duras condiciones iniciales de vida. De nuevo, el Estatuto Estudiantil es aquí extraordinariamente iluminador: mientras el viejo Estatuto apunta –digámoslo sin ambages– a la defensa del mal estudiante, el nuevo Estatuto en cambio, después de intentar cubrir formaciones deficientes en el primer semestre gracias a nuevos cursos de fundamentación, apunta a la promoción del buen estudiante, con claras ventajas para aquellos que apuntan hacia la excelencia académica (el hecho *muy real* de conseguir realizar una Carrera y una Maestría con el nuevo Estatuto, en el *mismo tiempo* que se realizaba sólo una Carrera con el antiguo, es una *conquista* sin atenuantes, que impulsará hacia la excelencia). Un *sumidero* parcial, constituido en parte por algunos dudosos estudiantes de la Universidad (minoría cercana al 5%, según se colige de estudios del espectro de historiales académicos), intenta entonces engullir el nuevo Estatuto, claramente desfavorable para ellos.

Las tendencias usuales del *sumidero* no se hacen entonces esperar: bloqueos, agresiones verbales, arengas catastrofistas, destrucción física de instalaciones, pedreas, papas contra el PAPA, clima general de tensión mediante ecos artificiales bien distribuidos en el campus –en fin, todo un desgastado arsenal folklórico de violencia que los fragmentos *lisos* de la Universidad miramos con total escepticismo y descreimiento. Ha sido insistentemente repetido por numerosos profesores que se trata de manifestaciones que eliminan el diálogo, y que propelen al grueso del estudiantado y el profesorado por fuera de la Ciudad Universitaria. Pero en realidad no hay por qué asombrarse: el *sumidero*, dentro de su estrategia bien organizada, no pretende re/enviar in/formación, sino deformarla y destruirla, acentuando así su política de confrontación. Nos enfrentamos entonces a *hondas singularidades que*

*deforman la geometría del entorno*: aunque el sumidero es *minimal* (tanto cuantitativamente, en número de estudiantes y profesores, como cualitativamente, en capacidad de razón e imaginación), su efecto en el grueso de la superficie es *maximal*. Entramos aquí a una de las grandes paradojas de nuestra “geometría de la confrontación universitaria”, cuya enorme y preponderante *lisura* se ve sin embargo completamente trastornada por las singularidades del *sumidero* y el *manantial*.

Aunque la acción eminentemente destructiva y deformante del *sumidero* no puede compararse con la acción más constructiva y formadora del *manantial*, hay que decir también que, dentro de la Universidad Nacional, demasiados torsores procedentes de la administración llevan también al desahucio. El peor ha sido siempre, y seguirá siendo, la *clausura* del campus universitario. Aquí existe una verdadera falta de convocatoria por parte de las administraciones centrales, que, una vez empiezan a sesionar en el Uriel Gutiérrez, tienden progresivamente a desaparecer del entorno diario del campus. Más que lejanos comunicados ante bloqueos o violencias, requeriríamos Rectores, Vicerrectores, Decanos, Consejos que *caminaran* por la Ciudad Universitaria, reordenando las sillas de los bloqueos, discutiendo de frente con los más recalcitrantes, incitando a profesores y estudiantes a acompañarlos en sus rondas, para apuntalar esfuerzos reales hacia una “normalización” académica. Requeriríamos *gestos*, insistentes y continuos, en vez de gastadas intenciones. Pero gestos de *apertura*, de mixturación, de “mestizaje”, de verdadera *contaminación*, rompiendo con las posiciones extremas y con trasnochados fundamentalismos. Ciertamente, el cerrar la Universidad, con cualquier excusa ficticia o real, sólo consigue exacerbar los ánimos, diluir las decisiones, escapar de la misión académica. Los mecanismos para *confrontar la confrontación* son sin duda delicados y difíciles (miraremos opciones en la segunda parte de este texto), pero no pasan por la clausura del campus. Aquí, el *manantial* llega a la peor paradoja posible, convirtiéndose a su vez en *sumidero*, en verdadero “moridero” de la inteligencia, cuya supervivencia requiere, como hemos visto, inaplazables tránsitos y metamorfosis.

Otra de las paradojas de nuestra “geometría de la confrontación” consiste en la contradicción incesante entre fragmentos de información *local* y proyecciones *globales*. No hemos sabido aún construir los canales de paso (“pegamiento coherente”) de lo local a lo global, los modos de correlación entre las tiranías disciplinares –“cotos de caza”– ferozmente defendidos por los profesores más conservadores y los enlaces inter/intra/supra-disciplinares que la administración académica debe promover desde su posición de *manantial* global. Luchan, sin muchas posibilidades de pegamiento, los *polos* del conservadurismo disciplinar local y los *polos* de la apertura transdisciplinar global. Dentro de la superficie de confrontación, se trata de suerte de *polos complejos*, en el sentido de las funciones meromorfas de variable compleja, donde los primeros, de orden acotado, dan lugar a residuos reintegrables en el entorno (teorema de Cauchy), mientras que los segundos, de orden infinito, constituyen una suerte de *singularidades esenciales* que deben poder proyectarse sobre toda la superficie (teorema de Picard). La singularidad esencial consigue convertirse en *manantial* cuando una administración académica logra proyectar realmente un hondo plan de desarrollo, algo que desafortunadamente ha sucedido muy pocas veces en la historia de la Universidad (paradigma singular: la Reforma Patiño). Aparentemente, la actual Reforma Académica en curso debía apuntar hacia una tal singularidad esencial, con enorme influencia, pero han sido tantas las oscilaciones y las desaceleraciones en las que ha incurrido, que, muy modestamente, tiende ahora más bien a asemejarse a uno de los someros polos locales, reintegrables y olvidables, de la vida cotidiana de la Universidad.

En todas estas luchas y tensiones entre *manantiales* y *sumideros*, entre *singularidades esenciales* y *polos*, los múltiples fragmentos de superficie *lisa* dentro de la Universidad juegan un papel mínimo, por no decir nulo. Los torsos y los vectores de la administración académica nos pasan usualmente por encima, sin modificar nuestra actividad diaria, mientras que las manifestaciones de violencia de los guardianes de la revolución son usualmente desechadas por los estudiantes, que

oyen a lo lejos el fragor de las papas explosivas, mientras siguen acostados en el pasto, o juegan agradables partidos de fútbol. La *Gran Superficie Lisa* absorbe con inusitada capacidad –y con enorme sentido común– tanto las insensateces de los violentos, como los usualmente inútiles esfuerzos de las administraciones de turno. Con ello, explota otra de las asfixiantes paradojas de nuestra “geometría de la confrontación”: nuestra repetida, sostenida, tradicional incapacidad para *integrar globalmente* la superficie, y para hacer que los diversos fragmentos locales de reflexión dentro de la Universidad se constituyan en un todo coherente que permita *reflejar* adecuadamente su multiplicidad. Hace ya décadas, la geometría y la topología diferencial contemporáneas han propuesto metodologías y teoremas profundas para cubrir situaciones donde las más complejas multiplicidades pueden ser susceptibles de reintegraciones globales. No obstante, ignoramos y seguimos eludiendo ese tipo de enseñanzas metafóricas.

## 2. *Hacia una superficie de deliberación.*

La Utopía –particularmente a nivel de la Academia– debe ir fraguando los entornos concretos en los que se eleve la inteligencia. Describiremos a continuación fragmentos de una visión utópica, que debería ayudarnos simplemente a sobrevivir, a no continuar en la gran “descomposición de los valores” (Broch) en la que nos hallamos sumidos, a no continuar enviando la Universidad al *sumidero*. Si nuestra contención será esencialmente utópica, no dejaremos sin embargo de describir algunos mecanismos prácticos de acción para acercarnos al Ideal.

Los problemas *geométricos* a los que debe abocarse la Universidad pueden resumirse en tres apartados principales: (i) acotación y control local de los *sumideros*, intentando convertirlos a su vez en *manantiales*; (ii) integración *global* de la superficie, mediante redes estables de contrastación entre sus partes; (iii) extensión

de los fragmentos *lisos*, y cubrimiento progresivo de las *singularidades*. Las consecuciones parciales que se obtengan en estas problemáticas serán, sin duda, de enorme provecho en la construcción de una *superficie real de deliberación universitaria*, allende las confrontaciones de los últimos años, allende las diversas manipulaciones (vía sumideros y/o manantiales) que hemos tenido que padecer. El hecho de “trans/formar” a los guardianes de la revolución, por ejemplo, debería ser una tarea formadora de primera magnitud emprendida *oficialmente* por la Universidad. Si algo somos, somos educadores, y deberíamos ser capaces de formar aún a los más recalcitrantes –pero no mediante estrategias *singulares* aisladas o mediante opiniones *disconexas* (como las sugeridas en el Grupo de Reflexión que publica estos apuntes), sino mediante una estrategia *continua, iterativa, repetitiva*, por parte de las Directivas de la Universidad. El Gran Sumidero de los guardianes de la revolución debería dar lugar a un Gran Manantial: Utopía con gran U mayúscula si la hay, pero hacia la que debería dirigirse la más brillante imaginatividad y la más dura capacidad pragmática posible de la Universidad.

Una buena manera de proceder a esa eventual conversión consiste en ligar la acción a una reintegración *global* de la Universidad. Tendrá éxito una Rectoría que convoque realmente al grueso de la Academia, y ponga en movimiento las fuerzas enormes subyacentes bajo la superficie *lisa*. Hasta el momento, el distanciamiento general de los profesores y de los administradores académicos ha impedido aprovechar esos grandes torsos somnolientos. *Los Sonámbulos* (Broch, de nuevo) estamos a la espera de esos grandes gestos y gestas que nos despierten de un extraño letargo. Para ello, la *presencia incesante* de la administración debería ser un *sine qua non*. Lamentablemente, ante las dificultades, el *manantial* tiende a researse: en las varias semanas de disturbios de abril 2008, por ejemplo, la absoluta desaparición de la Vicerrectoría de Sede de Bogotá y los tímidos comunicados del Rector han sido realmente muy poca cosa –*muy muy poca cosa*– ante la gravedad de los hechos.

La *integración global* debe poder realizarse a través del enlace entre diversos estamentos, empezando por la administración y el profesorado. Más allá de una valiente intervención del Rector en una Asamblea pasada de profesores, sorprende sin embargo la sistemática inasistencia de los estamentos directivos (Vicerreorías, Decanos) a las Asambleas de profesores. Ante todo, debería realizarse allí un cambio de actitud en el futuro. Por otro lado, tal cual se ha señalado desde hace años, para *integrar globalmente* un “ente” (en sentido lato y metafórico) como una Asamblea, se requiere reducir las “brillantes oralidades singulares” en ese tipo de actos. La última Asamblea (abril 2008) se iniciaba, por ejemplo, con una intervención de más de una hora, con opiniones interesantes pero absolutamente particulares del orador, que *sin desvergüenza alguna* pretendía implantar en el auditorio; una hora de visión de mundo *singular*, sin construcción alguna de tejido o de integración del saber, tomando la tercera parte del tiempo del que disponía la Asamblea, no puede ser considerada más que un insulto para la inteligencia. Volvemos aquí a la *inteligencia* en su sentido plenamente trans/formador de la in/formación: las Asambleas deberían producir *escuetas* informaciones no singularizadas, para ser luego *escueta*mente contrastadas y deliberadas –otra Utopía.

Las *discontinuidades* y las *incoherencias locales*, como las que se producen paradigmáticamente en una Asamblea, van por supuesto de la mano de ciertas estrategias favorables al *sumidero*. Habría que intentar luchar utópicamente contra ellas. Puede intentar desprestigiarse la Utopía, pero ¡qué poco nos quedaría a los académicos si lo hacemos! La Utopía produce un horizonte y una orientación fundamentales, en medio de la zozobra de lo singular adonde apuntan los guardianes del sumidero. Pero la Utopía, en manos de *un* profesor o *un* alumno, pierde su sentido. Adquiriría fuerza y relevancia, en cambio, si fuese consistentemente *agitada* por los estamentos directivos, y si Rectoría, Vicerreorías, Decanos, Consejos la *encarnaran* sin cesar, con gestos, acciones, voces, caras. Caso singular ha sido la encarnación del Estatuto Estudiantil en el recorrido valiente del Decano

Mantilla por todo el campus; pero los casos usuales incluyen en cambio la falta de defensa visible de la Reforma Académica –encarnada en personas que trasiegan y revuelvan el campus–, la falta de defensa visible de las instalaciones de la Sede Bogotá, o la falta de defensa visible de la normalidad académica por encima de cualquier circunstancia violenta. En última instancia, el cambio fundamental que puede propelerarnos a concretar fragmentos de Utopía, a mejorar nuestra Universidad y a construir un ambiente real de deliberación, consiste en hacer ■Despertar■ (según la grafía de Walter Benjamin) la superficie *lisa* que conformamos la enorme mayoría de los profesores de la Universidad. Pero es algo que sólo se conseguirá con el *ejemplo*: el ejemplo de unas directivas absolutamente alertas, nunca conformes, siempre en movimiento, siempre en diálogo, siempre tejiendo tramas del saber. *Los Sonámbulos queremos despertar*, y es una verdadera lástima que no parezca estarse construyendo una estrategia para tal fin.

Guiándonos por imágenes geométricas y deslindes metafóricos, siguen algunos *modos pragmáticos* para acercarnos a *Ideales de reintegración global, reducción de sumideros y exponenciación de manantiales*, con el objetivo de asentar una adecuada *superficie de deliberación* para la inteligencia (= trans/formación de la in/formación). Una forma de contrarrestar la acción maximal de los guardianes de la revolución sería constituir un cuerpo de deliberación *deslizante por el campus* –“guardianes de la razonabilidad”–: un grupo de al menos mil (sí: 1.000 al menos, ¿por qué no más?) estudiantes y profesores, prestos a reunirse ante las acciones violentas del *sumidero*. Los guardianes de la razonabilidad responderíamos inmediatamente a una red de mensajes por celular (receptáculo de in/formación que evidentemente trans/forma a los jóvenes), y nos reuniríamos para intentar *alisar* algunas rugosidades del caso –(1) desplazar de nuevo pupitres: si los guardianes de la revolución los usan como elemento de bloqueo ¿por qué no podríamos los guardianes de la razonabilidad volverlos a desplazar equitativamente, para sentarnos y discutir en ellos? (2) deshacer taponamientos en la malla vial ¿por qué no

tendríamos derecho a la libre circulación? (3) presentar incesantemente datos precisos, leer con altavoz a los Maestros del pensamiento, aprender historia, descubrir variedades del Mundo. Por supuesto, el Gran Cuerpo Deliberante/Deslizante, conformado por directivas, profesores y estudiantes (ya que se trata de cuestiones meramente *académicas*, el papel de los trabajadores y de los mal llamados “triestamentos” se reduce), no podría enfrentar a los violentos con más violencia, y, ante pedreas, papas, destrucción, sólo podríamos reunirnos a mediana distancia, protestando silentemente ante la barbarie. Pero la *insistente presencia continua* del Gran Cuerpo podría llegar a tener consecuencias insospechadas –por qué no, *maximales*– en nuestra reeducación ética. Ahora bien, una movilización inmediata, ágil, comprometida, *repetida y siempre confiable*, sólo puede conseguirse desde un *manantial* directivo con amplio poder de convocatoria, con un direccionamiento Académico y Utópico ejemplar, y gracias a redes de in/formación entre voluntarios planeadas por adelantado, gracias a mecanismos bien definidos de *acción y movimiento dentro del campus*: algo que ciertamente no se consigue con lejanos comunicados de buenas intenciones desde el Uriel Gutiérrez. Sencillamente, necesitaríamos un *campus tomado*, en forma física y efectiva, por el sentido común y por la razón deliberativa.

Es geoméricamente evidente que la reducción de los *sumideros* a su justa proporción conlleva a su vez, por un equilibrio pendular, una *reintegración global* de la superficie lisa. La “superficie de confrontación” puede entonces llegar progresivamente a tornarse en una “superficie de deliberación” mediante el simple acto repetitivo y continuo de la presencia de Grupos Deslizantes de la Razonabilidad dentro del campus. Nuestra peor aberración –ya tradición en la Universidad– ha sido abandonar el campus en las manos de unos pocos violentos. Toda administración debería entonces, ante todo, convocar a las regiones inertes de la Gran Superficie Lisa para no dejar más que los *sumideros* canalicen el grueso de la acción-reacción

universitaria, y para no seguir perdiendo excesivas horas de crecimiento en pos de inflamados y vacuos discursos.

Correlativamente con el redimensionamiento de los *sumideros*, el futuro de la Universidad Nacional depende de la *multiplicación y exponenciación* de sus *manantiales*. Aquí, no ha habido peor estrategia –dentro de la multiplicidad, la pluralidad y la inventividad de nuestra comunidad– que aquella que ha intentado *centralizar* excesivas iniciativas académicas. Una esfera con un *manantial* central irradiador es un modelo ciertamente inapropiado para la pragmática universitaria. Si el modelo medieval de Dios, esfera cuyo centro estaría en *todas* partes, es un modelo que propende ilusoriamente al otro extremo (modelo curiosamente cercano a aquel de los guardianes de la revolución, cuya conservadora demagogia –¿religiosa, medieval?– quisiera que *todos* nosotros tuviésemos el mismo poder de decisión de un Rector), la Universidad debe crear un modelo de *transvase entre redes*, con *manantiales ponderados* y con capacidad de contrastación y *pegamiento* entre las diversas iniciativas locales. Con ello, la *volatilidad* y la fragilidad de la “geometría de la confrontación” tendería a desaparecer, y se conseguiría una adecuada *densidad* de masa para sostener una “geometría de la deliberación”. Hay que decir que la mayoría de esas herramientas ya se encuentran disponibles, y que, *en potencia*, el tejido deliberativo de la Universidad es bastante rico. El problema ha sido siempre, por un lado, *pasar de la potencia al acto*, y, por otro lado, *estabilizar* esa red de acciones pragmáticas, independientemente de las administraciones de turno. Esto sólo se logrará combinando imaginación y acción por parte de directivas muy abiertas, que nos impulsen a los demás al compromiso.

*Ausentes y sonámbulos, queremos ■Despertar ■.*